

## Las memorias y la escritura: poesía de Alvarado Tenorio

Juan Liscano

La *Antología crítica de la poesía colombiana*, de Andrés Holguín<sup>1</sup> —inteligencia tolerante en la república de grandes intolerancias entre los poetas, amigos de agruparse abruptamente para afirmar sus tendencias literarias y conceptuales— apareció en 1974, después que Harold Alvarado Tenorio se diera a conocer con las poesías reunidas en *Pensamientos de un hombre llegado el invierno* (1972). Alvarado Tenorio tenía entonces unos veintiocho años. El título de su primer libro, por lo tanto, se refiere a un “invierno” de los sentimientos y no de la edad. De allí procede la clasificación de “desencanto” que él mismo usó en un ensayo de 1985<sup>2</sup>.

En su *Antología* Holguín define a Alvarado Tenorio como un “hombre culto, de personalidad enérgica y comunicante”. Apunta

una ansiosa búsqueda, una febril penetración en el mundo de la poesía, con dominio del idioma, unas veces para expresar su desasosiego, teñido de humorismo, y otras, su emoción neta, auténtica.

En 1991, con el título de *Camorra* se publicó una monografía sobre Alvarado Tenorio, contentiva de apreciaciones referentes a su obra y su personalidad. En este segundo aspecto, casi todas las opiniones coinciden en señalar, por una parte, su cultura, su conocimiento de la literatura, su información poética, su ejercicio docente, su cordialidad contagiosa y, por otra, su militancia vital y erótica, las cuales integraba al rito y la celebración orgiástica, como en los retablos y capiteles de las catedrales, la presencia vigilante de la muerte, quizá lo único secular y sagrado en su poesía, porque la sexualidad, la fornicación desesperada, el vino y la ebriedad, el humor, la iconoclastia, los viajes no son sino temas de fuga, de tiempo libre salvado al tiempo rígido y tecnológico de nuestra civilización unidimensional.

Durante la Colonia, los amos de las haciendas cacaoteras, de café o de caña de azúcar concedían a los esclavos negros días de fiesta para que reencontraran sus memorias de África. Podían, entonces, jugar a ser amos, aristócratas o sacerdotes de sus cultos originarios. Era una terapia mediante la fiesta. Así, de pronto, me suena el desparpajo erótico y la celebración vitalista de los poemas desencantados de Alvarado Tenorio:

De la aristocracia  
queda todo:  
La buena voluntad,  
el amor al prójimo,  
las buenas maneras  
y el calor humano.

Nosotros, los siervos,  
nos complacemos  
en copiar.

Este sarcasmo, notable literariamente, termina en una terrible verdad: somos copia. La tecnología nos perfeccionará en fotocopias. ¿De qué? ¿De quiénes? De la realidad virtual creada por la tecnología, soñada por el técnico, por los sistemas de poder, democrático-capitalistas o totalitarios (en cualquier caso se trata del totalitarismo blando consumista o duro de la política). La mayor ofensa que se le puede hacer al tecnocientífico, al político, al ideólogo, al guerrero, al poderoso, desde el origen de la aventura humana, es convivir con lo natural. Pareciera que el sentido de la vida de nuestra especie consiste en crear una naturaleza artificial para ocupar el puesto de Dios, destruyendo lo que nos fue dado.

Dentro de este cuadro, el poeta es un desorganizador exotérico o es la consciencia de la tribu. Hoy se desahoga de sus obsesiones y deseos personales, separado de la tribu. Antaño fue mago y sacerdote. Ya no vaticina ni dirige, ya no es el Gran Habla, el cronista de un pueblo, sino la consciencia desdichada del individuo o la de la persona, máscara del actor, actor en escena. No es, entonces, por casualidad que Alvarado Tenorio recoge gran parte de su producción poética en un libro titulado *Espejo de máscaras*<sup>3</sup> cuyo último poema, “En el Valle del Mundo”, alcanza la grandeza de un fresco-memorial, ontológico, existencial, desesperanzado y burlón.

1 Ediciones Centenario del Banco de Colombia, Bogotá, 1974.

2 *Una generación desencantada*; véase *Ensayos*, págs., 219-238. Ediciones Universidad del Valle, Cali, 1994.

3 Ediciones Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1987.

Se dice —y lo dice el poeta Alvarado Tenorio— que uno de sus maestros es Jorge Luis Borges. No se entiende eso. Pero cuando se ahonda en la función borgesiana de la memoria, única manera de encarar la realidad, o bien se estudia el estilo parco y rotundo del autor argentino, se descubre la afinidad entre el tímido escritor libresco y cegato, y este voluminoso, extrovertido y cultísimo poeta colombiano, situado en las antípodas del Nadaísmo, aun cuando se le haya ubicado como posnadaísta<sup>4</sup>. Alvarado Tenorio no es propiamente un subversivo, pese al atrevimiento de su poesía en momentos orgásmicos, escriturales o existenciales, o los dos a la vez:

En aquellos buenos tiempos  
era bueno abrirte las piernas  
y lamerte hasta el cansancio  
y fornicarte hasta la última gota y partir.

Helena Araújo, en una nota sobre la poesía de Alvarado Tenorio<sup>5</sup>, cita con propiedad a Roland Barthes cuando escribe:

Hoy, el sentimentalismo del amor ha de asumirse por el sujeto como una transgresión fuerte, que lo deja solo y expuesto; un trastocamiento de valores ha convertido este sentimentalismo actualmente en obscenidad.

Araújo, partiendo de esta observación barthesiana intenta demostrar que la poesía de Alvarado Tenorio no es obscena. Llega hasta a hablar del verdadero sentido platónico asimulado a lo hermoso en sí, simbolizado por la hermosura del cuerpo. Penetra en el meollo de esta sedicente obscenidad viendo en ella un pronunciamiento lírico, "un orientalismo de tintes epicúreos lo erige en predicador de enigmas que conciernen casi siempre la vivencia erótica".

Nada tan cercano a la pequeña muerte orgásmica como dos revelaciones aparentemente opuestas: la renovación del microcosmo y la invocación a la muerte. Así entiende Alvarado Tenorio la sexualidad y así la sintió en su inteligencia ardiente mi amigo Jorge Gaitán Durán, y así fue escrito en mi libro *Cármenes* dedicado a él. El coito puede reducirse, como está sucediendo, a una gimnasia hedonista destinada al consumo: moda, vestir-desvistiendo, preparación para la idolatría crematística del espectáculo, narcisismo o bien fuga, droga, espejo para arrojarse en él como en un río, inclusive supremo sadismo y hasta suicidio. Puede también ser

un valor, un ascenso, una plenitud que "abole" tiempo e historia y ahonda el ser. Su papel está restringido, en el aspecto físico, a un ejercicio carnal intensísimo. Más allá de la madurez, cuando advierte el invierno, esa energía se reparte de abajo hacia arriba, satura la memoria, el sueño, las divagaciones del insomnio. Es alma.

Lo expuesto indica que lo erótico, en la poesía de Alvarado Tenorio, constituye simultáneamente una motivación poético-literaria y un impulso existencial de consumación:

Cuando llegue  
con sus alas y sus armas  
cuida de cerrar mis ojos  
y que mi boca no sea  
violada por las moscas.

Pónme en el suelo  
mirando hacia la tierra.

Lávame bien  
peina mis cabellos  
corta mis uñas  
y hónrame con aromáticos ungüentos.

Muerte alegórica medieval, la que danza con los humanos, la que mete la mano bajo la falda de una mujer, la que la desnuda frente al espejo. Una copla metafísica, recogida por mí en Buenos Aires en un tablado donde cantaba Manuel Vargas, decía: "¡Ay la muerte! ¡La muerte/ no se puede definir/ porque nadie sabe si vivir es la muerte/ o si la muerte es vivir!" Heredad del Siglo de Oro, cultura de sangre, tradición, desencanto milenar, estoicismo.

Aun cuando en la poesía de Alvarado Tenorio todo parece anotación febril inmediateista o realismo, la verdad es otra: todo es memoria y escritura de vivencias. No hay por qué engañarse puesto que su primer libro, escrito a los veintiséis años, recoge pensamientos de un hombre "llegado el invierno". El poder memorioso y la escritura componen su mundo de persona actoral, teatral, "camorrosa", en desacuerdo con la realidad y hasta con la vida. Su extenso poema, dejando en cueros miserables a Nueva York, lo demuestra, así como su exhibicionismo verbal, libertino en el sentido subversivo, sadiano, andariego, internacional.

El ensayo de Gabriel Restrepo<sup>6</sup> sobre la poesía de Alvarado Tenorio resulta particularmente acertado. Allí

4 *Historia de la poesía colombiana*, Bogotá, 1991.

5 "La poesía de Alvarado Tenorio", en *Hora de poesía*, Nos. 23-24, Barcelona, 1984.

6 "Esta presente ausencia", en *La palabra y el hombre*, No. 77, Xalapa, 1991.

establece una relación luminosa entre Gaitán Durán y Alvarado Tenorio, la atracción por China<sup>7</sup>, los griegos antiguos, el viaje entendido como regreso. Al referirse a esa suma poética reunida en *Espejo de máscaras* señala que el poeta "en acto solitario", en duelo con su ángel o demonio, libra una guerra "desarmada" y "desalmada" contra la paz fundada en la injusticia. Exclama: "Su lucha es cósmica, sobrepasa los acotamientos propios de los estados, las barreras de la lengua". Buena observación. La poesía de Alvarado Tenorio no es regional ni nacional, sino internacional, abierta a la cultura universal, despojada de cualquier colombianismo limitador. Su poema "La patria" expresa su aceptación de ser sólo individuo en el mundo. Detrás de la diatriba, la osadía verbal, el desplante, la inmediatez, se oculta la nostalgia de la infancia, la tenaz melancolía, el lúcido desencanto de saber demasiado, la reciedumbre de saberse solo con su carga de delicadeza, recuerdos, distancia y finura de alma. La experiencia y el trato con la poesía china aviva esa cualidad:

Esta mañana,  
una pluma ha llegado  
hasta el libro que leía.  
¿Qué significa esta pluma?  
¿Este temporal de suavidad?  
¿Este pensar en el futuro?  
¿Estas dos ciudades,  
estos dos espacios?

En cuanto al poder de la memoria para lograr la reencarnación en el poder del verbo, en cuanto al hechizo de la melancolía, pocas veces he leído algo tan hermoso, tan musical de adentro, tan evocador como el poema "Llama", bolero y lied:

Ahora ella tenía veinticuatro años,  
hablaba una lengua que ignoraba el bolero;  
era color de nieve y una inmensa espiga  
coronaba su cabeza.  
No se repite la historia, repitió.  
Supo, no obstante, que la vida  
está hecha de gestos.  
Esa mañana, un aire, que venía del tiempo,  
había mecido aquella cabellera  
deteniéndolo todo.

Caracas, marzo de 1994.

## Darío Jaramillo Agudelo, *Cartas cruzadas*

Bogotá: Alfaguara, 1995, 582 pp.

Carmenza Kline Ph.D.  
James Madison University;  
Associate Professor  
Director Int. Program in Spain

La lectura de la novela *Cartas cruzadas* depara al lector una aventura excepcional: la travesía por los caminos de una sociedad compleja, la colombiana, el recuento de los cambios sociales y éticos ocasionados por los fenómenos del poder y por los deseos de riqueza durante los últimos años. Pero al mismo tiempo encontramos en la novela que, a medida que penetramos dentro de esta realidad, la escritura de Darío Jaramillo constituye una gran pasión por el lenguaje, por la creación literaria en la que se recrea con la frescura que sólo puede ofrecer un buen escritor como él.

*Cartas cruzadas* es un epistolario en el que hay una continua interlocución entre los personajes, cada uno trata de sincerarse con el otro a través de cartas que van y vienen desde el 5 de octubre de 1971 hasta el 30 de noviembre de 1983; doce años de correspondencia en los cuales se comunican todo lo que pasa en sus vidas, desde los hechos más triviales hasta las preocupaciones más íntimas que cada uno siente; éstas se refieren no sólo a la concepción de la vida sino también a la del lenguaje y la literatura. Durante toda la obra encontramos reflexiones literarias que van y vienen, la belleza de la poesía, el acercamiento a ella, las dificultades frente a la escritura pero especialmente el amor y la pasión que hacia ella se debe sentir ("La poesía no es una profesión, pero sí es una obsesión", pág. 160). Como gran poeta que es, Darío ofrece un homenaje a Rubén Darío, al mismo tiempo que, como excelente escritor colombiano, no puede dejar de ofrecer tanto su reconocimiento como su admiración por la prosa de nuestro premio Nóbel, Gabriel García Márquez.

En este gran epistolario encontramos las cartas de Luis a Esteban, de Esteban a Luis, de Raquel a María, de María a Raquel, de Raquel a Juana, de Juana a Raquel, de Raquel a Claudia, de Claudia a Raquel; y como si esta descarga de los personajes no fuera suficiente, el

7 Como Jorge Gaitán Durán, Alvarado Tenorio vivió en China y ha publicado un volumen de *Poemas chinos de amor*. Beijing, 1991.